

El crimen de ayer.

Que á ella la tratase como á una de tantas como había conocido en la vida, hasta justo podía ser; le daba pena, pero no le causaba extrañeza. No le era deudor de ningún sacrificio. Ni le hizo el de su familia, porque no la tenía; ni el de su fama, porque ya la había perdido; ni el de su bienestar, porque en punto á bienestares no disfrutó ninguno desde que su madre la echó al mundo hasta que un hombre cualquiera la arrojó en el arroyo. Del arroyo fué recogida por Enrique, quien, prendado de su cara pálida, de sus ojos azules, de sus labios frescos y de su pelo sedoso y rubio, la sacó de la infame mercenaria donde aún no había metido más que la punta de los pies, y la estableció en un sotabanco que tenía una ventana muy estrecha para mirar al cielo, cuatro tiestos de flores para recordar la primavera, y una Virgen de barro enfrente de la cual se arrodillaba Carmela todas las noches, para suplicarle que le perdonase sus anteriores culpas y que su Enrique la quisiera un poco.

¿Cuál era su sacrificio entonces? ¿Quererle? No. Quererle constituía una necesidad para ella. ¿Tolerar sus displicencias, sus malos humores, sus arranques de inconstancia, sus días de injusticia y sus horas de olvido?... Tampoco. Aun siendo el más duro, el más brutal, el más despiadado de los hombres, hubiese ocurrido lo mismo. Enrique formaba el complemento de su vida; vivir sin él, era sencillamente no vivir, y como no había hecho propósito de matarse, no había hecho propósito de dejarlo...

Luego ella no era mala. Fué lo que fué por accidente, porque sí... La empujaron, cayó... pero le repugnaba volver á empezar... No estaba hecha para ello... El la sacó de la ignominia, devolviéndole una cosa que estuvo á punto de perder: la dignidad del alma; y haciéndole gustar un nuevo goce, desconocido para ella, el amor, considerado por ella como el goce supremo, hasta que nació su hijo, aquel pedazo de los dos, que sonreía á la madre con su boquita sonrosada y sin dientes, y miraba al padre con sus ojos claros, donde brillaba el instinto del cariño á través de unas pupilas muy azules y de unas pestañas muy negras.

Claro que á poder arreglarse las cosas á gusto de Carmela, Enrique la hubiera querido como Carmela le quería á él, con toda su alma; no la tratará con aquel desvío, con aquella superioridad desdeñosa.

Pero ¡qué remedio!... Bastante le daba... La des-

honra, cuando se enamora, observa conducta de mendigo: toma lo que le ofrecen. Un pedazo de pan acompañado de un insulto, no deja de ser pan. Un beso, aunque vaya envuelto en una injuria, siempre es un beso. La miseria tiene hambre de pan y sufre el insulto, y come el pan y vive. La deshonra tiene también hambre de amor, y soporta la injuria y devora el beso y sigue amando.

Eso hacía Carmela. No tenía derecho á ser exigente. Necesitando de Enrique, lo tomaba tal y como quería dárselo, y lo tomaba sin quejas, sin reconvenciones. De más hacía con no tratarla á puntapiés.

Respecto de ella no se quejaba. Respecto de su hijo... respecto de su hijo estaba á punto de quejarse; á las veces encaramábasele por la garganta arriba un grito de reproche, una exclamación de protesta.

Parecía que no era Enrique lo que debía ser para el niño; que había en sus caricias de padre, cierto amaneramiento, cierta uniformidad automática, desprovista de esas brusquedades encantadoras, de esos arranques de frenesí en que el beso se confunde con el rugido y el rugido acaba por transformarse en lágrimas... Las caricias de Enrique eran iguales siempre; paternidad de rutina, afecto de ordenanza, saludo maquinal, como si lo hubiera aprendido de memoria y lo repitiera por costumbre. Entraba, se acercaba á Carmela, que tenía en brazos al niño, dábale á este un

3 3320

golpecito en la mejilla, decíale con voz monótona: «Adiós, pequeño», y luego nada, nada, hasta que al marcharse repetía el golpecito en la mejilla y el «Adiós, pequeño», y tomaba escaleras abajo, sin volver la cabeza para despedirse.

¿Era aquello falta de amor para Carlitos, ó falta de condiciones de carácter para expresarlo?... ¡Ojalá fuese lo segundo!... Eso quería ella; eso trataba de crear. Pero el caso es que la conducta de Enrique prestábase más que á la confianza á la duda. Al nacer el niño pareció contrariado, no trató de reconocerlo, de darle su nombre, ni aun lo propuso; y eso que era libre y soltero y rico... Siempre que ella le hablaba de aquel asunto, respondía: «Más adelante» y variaba de conversacion.

¿Más adelante!... ¿Qué significaban estas dos palabras en labios de Enrique? ¿Una excusa? ¿Trataría de abandonar al niño cuando la dejase á ella?... ¡Abandonarle!... Poco á poco. El niño no tenía la culpa; era suyo, de Enrique; poseía un derecho indiscutible á la protección y al apellido de su padre... ¡Pues no faltaba más! Es por lo único que le odiaría con toda su alma... Dejarla á ella, corriente, cuando quisiera hacerlo; no diría nada; estaba pronta á morir en la soledad y á resignarse con el desprecio... Dejar al niño... ¡No!... Mal amante, bueno; mal padre, nunca. Por su hijo era Carmela capaz de todo... ¿De qué no sería ca-

paz, sintiéndose capaz de aborrecer á Enrique, al hombre que constituía el centro de su vida, eje de su alma?

Cuando pensaba en esto su melancólica figura de mujer, herida por la deshonra y resignada con su destino, adquiría una altivez salvaje y un erguimiento de rebelión; su rostro, bondadoso y triste, cubriase de palidez siniestra; contraíanse con dureza sus labios; un encajamiento de los dientes sustituía á la dulce sonrisa de su boca; brillaban con fiereza sus ojos, y una arruga profunda, recta, amenazadora, dividía en dos su entrecejo, y anunciaba sobre su frente el ir y venir de pensamientos negros y de sombrías decisiones.

—¡No; no sufriré que te abandone, que te deje como un girón que estorba y se arranca, y se tira al suelo sin volver siquiera la cabeza para ver dónde cae!... ¡Es tu padre!... ¡Tienes derecho á llevar su nombre!...— exclamaba Carmela, estrechando al niño entre sus brazos con las manos crispadas por el terror y los nervios sacudidos por la cólera.— ¡Pobre de él si se atreve á tanto!...

Luego rompía en sollozos, reprendiéndose por pensar tan mal de su Enrique; recobraba la calma y decía: No le abandonaré. Estoy segura de que no puede ser tan infame.

Tales eran los pensamientos de Carmela. Y Enrique, ¿qué pensaba?

De ella, lo que pensó desde el primer momento: Que

era una muchacha muy guapa, buena para entretenerle y nada más... Una, á quien dejaría cuando le estorbara en el avance de su camino... En cuanto al chico... no le quería mal del todo; encontrábase dispuesto á socorrerle, si no se tenían muchas exigencias en su nombre; pero de ahí no pasaba.

¡Reconocerle! No. ¡Para no tener hora de calma; para que el hijo natural disputase á los legítimos la herencia!... ¡Vaya, que no! Allá se las arreglara con su madre. Y ella erre que erre en sus pretensiones, precisamente cuando él estaba decidido á acabar, y andaba concertando su boda con una muchacha muy rica y muy buena. Si sería buena que se había educado en un convento y no se separaba de su madre un instante. ¡Que no, y que no! Necesitaba cortar por lo sano, y cortaría. Así que no tenía Enrique fuerza de voluntad.

Ella lo supo, como se saben siempre estas cosas, porque sí. Un criado indiscreto, despedido de mala manera por Enrique, la puso al corriente de todo. El señorito se casaba, y á juzgar por lo que dijo á unos amigos suyos en cierta conversación que el sirviente pudo entreoir, ocultándose con los pliegues de una colgadura, dejaría á Carmela y al chico sin decirles nada... Casarse, tomar el tren, pasar un año en el extranjero; y luego del año de ausencia, asunto concluído; puede que no volvieran á encontrarse más en el mundo.

Aquel relato puso á Carmela en la pista de su desdicha y lo averiguó todo.

Enrique se casaba dentro de ocho días.

¡Casarse!... Esto era horrible, horrible para ella, nada más que para ella... Pero ¿y el niño?... ¡Olvidar al niño tam ién!... ¡Esto sí que no lo sufría sin vengarse! Le haría una pregunta, una sola. De lo que él respondiera iba á depender todo.

Cuando Enrique entró, como todas las noches, Carmela le dijo:

—Oye, ¿cuándo piensas arreglar lo de Carlitos?

—¿Qué? —preguntó él.

—El reconocimiento.

—¡Ah, sí!... Más adelante.

—¡Más adelante! —repuso ella. —Mira, Enrique, creo que me engañas en lo que al niño se refiere; si me engañases en esto, sería capaz de matarte.

—¿Quién? ¿tú? —repuso él riendo á carcajadas.— ¡Matar tú! ¡Con esa carita tan dulce y con ese carácter tan tímido!... ¡Qué cosas tienes!... No te engañe, pero no digas ni pienses tonterías.

Luego, sin transiciones de ninguna especie, añadió:

—Estoy muy cansado y me conviene dormir un par de horas. Hasta después.

Enrique se echó en el sofá, cerró los ojos, y á la media hora roncaba como un santo.

—¡Esto es hecho! —gritó Carmela por lo bajo.— ¡Hi-

jo de mi vida!—siguió diciendo mientras contemplaba la cuna de Carlitos;—al hombre que te hiciera el menor daño lo destrozaría con mis uñas. ¿Qué no haré con éste que va á causarte el mayor de todos los daños, el que no puede repararse nunca?... ¡Hijo mío! —exclamó contemplando á Enrique con angustia é ira.—Vale mas que no tengas padre, que que tengas ese...

No pensó más; se acercó á Enrique; vió que dormía, soñando acaso con un porvenir de riqueza y de goces, mientras preparaba á su hijo un porvenir de miseria y de infamia. Sintió que su amor se transformaba en odio, su mansedumbre en cólera, su resignación en apetito ciego de matar, y cogiendo con mano firme las anchas y puntiagudas tijeras de obrera que tenía encima de la mesa, las clavó hasta el mango en la garganta de su querido.

.....

Cuando entraron á prender á Carmela, hallábase ésta de rodillas al pie de la cuna de su hijo, que la sonreía con su boca sonrosada y sin dientes y miraba al cielo con sus ojos azules.

LA CARTA DEL SOLDADO

La carta del soldado. ⁽¹⁾

Hospital de Málaga, 15 de Noviembre de 1895.

Aquí me tienes, Pepa, en una cama muy blanda y muy limpia, asistido por un médico de mala cara y buenas acciones, y por una Hermana de la Caridad, que con sus tocas blancas y su ir y venir cuidadoso en rededor mío, me recuerda las palomas que revoloteaban sobre las tapias de tu huerto, mientras hablábamos nosotros sentados en un montón de tierra, con las manos reunidas y las cabezas casi juntas... ¡Si vieras cuánto me acuerdo, Pepa, y cuántas ganas tengo de volver á la aldea, y mirar otra vez sus campos, sus casas y su campanario y tus ojos azules!... En fin, paciencia, como dice la hermana; aguantarse, como gruñe el médico. Menos mal que la bala no ha cogido hueso y no habrá que cortarme la pierna. Díselo á mi madre para que no se apure y se pase el día llorando.

(1) Eserita durante los acontecimientos de Melilla.

La verdad es que esto de la guerra, visto de cerca, mete miedo, y al más valiente le pone el corazón como una avellana. Los soldados viejos, que han estado en otras, dicen que todo es hasta acostumbrarse. Puede; pero yo no me he acostumbrado aún, y á los que, como yo, llevan seis meses en filas, les ocurre lo propio.

Cuando nos dijeron en el cuartel que los moros habían insultado nuestra bandera; que íbamos á vengarla; que la patria confiaba en nosotros, y por ese estilo una porción de frases que nos *endilgó* el coronel, el que más y el que menos sentíase capaz de acabar con todos los moros de morería; luego en la estación, cuando nos despidió tanta gente y los hombres exclamaron: ¡Viva el ejército! y las mujeres nos saludaron con los pañuelos, y arrancó la máquina, me pareció á mí, y debió parecerles á todos, que podíamos comernos al enemigo en un abrir y cerrar de boca. Después... No es que no hayamos cumplido... pero, vamos, que la cosa cambia... ¡y se pasa un rato y hay un momento!... Créeme, Pepa; esto de la guerra es muy malo.

Al recordar el día de la acción se me abren las carnes. Empezó el tiroteo por la mañana; los moros eran muchos y fué preciso ir en ayuda de los compañeros. Se formó el regimiento y echamos á andar con el fusil al hombro; los jefes delante y los oficiales al lado. Así avanzamos como quinientos pasos; desplegó el primer

batallón con las armas dispuestas, y salimos de frente. Aún no se divisaba á los moros; estaban más lejos, en las trincheras. De pronto los vimos. Eran muchos, muchos; ¡y daban unas voces!...—¡Preparen!—dijo mi capitán; y empezó el fuego.

¡Qué fuego, chica! Las balas caían sobre nosotros como granizo, y pasaban cerca de mis oídos haciendo ¡chits! ¡chits!... Era un ¡chits! terrible; no como el tuyo cuando me llamabas por la noche desde la reja de tu cuarto; aquel me hacía sonreír de gusto, y este me ponía les pelos de punta...

Fué preciso desplegar el segundo batallón; ¡que si quieres! los malditos moros no se asustaron. Los hombres caían á mi alrededor como pájaros; unos sin decir nada, redondos; otros prorrumpiendo en ayes y blasfemias. El regimiento dió un paso atrás.—¡Animo, muchachos!—exclamaron los jefes; pero los moros, escondidos en las trincheras, nos fusilaban á placer. No sé lo que les pasaría á los demás; de mí sé decirte que sentí un frío muy grande por todo el cuerpo y unas ganas de apretar á correr más grandes aún; hubiera dado tres dedos de la mano derecha por estar en mi casa, lejos de aquella granizada de balas. No me atrevía á levantar la cabeza; el fusil me pesaba cinco arrobas, y las piernas me temblaban como si las tuviese hechas de azogue. Créelo; entonces sólo experimentaba un desec; el de volver la espalda y huir.

A los otros debía pasarles lo mismo, porque el movimiento de retroceso se acentuó mucho... En aquel instante llegó á mis oídos la voz áspera y enérgica del coronel, que gritaba:—¡Hijos míos, vamos á morir por la patria!... ¡A la bayoneta!

Levanté la cabeza, y vi allá, delante de todos, al coronel sobre un caballo negro, con su bigote gris erizado y la espada en la mano; á mi lado estaba un teniente con los ojos echando chispas, muy pálido, pero muy resuelto.—«¡Adelante!—gritó también.—¡A la bayoneta!...» Hubo algo así como un vaivén de hombres; luego todos gritamos: «¡Viva España!» y el regimiento entero avanzó. Yo cerré los ojos para no ver al enemigo que estaba enfrente, y así marchamos deprisa, muy deprisa, sin disparar un tiro, entre el sonido metálico de las cornetas y un huracán de plomo que nos envolvía y nos diezmaba... Un choque terrible me advirtió que habíamos llegado. Al abrir los ojos ví á un morazo que me amenazaba con su gumía. Eché mi fusil hacia atrás, lo empujé con los dos brazos hacia adelante, lo hundi en una masa de carne, un chorro tibio y pegajoso salpicó mis manos, y el moro rodó como un taco á mis pies. Aquella sangre me volvió loco; se me había pasado el miedo; sólo quería una cosa: matar y matar; y me revolvía de un lado á otro, dando á derecha y á izquierda, empujando atrás y adelante mi fusil, que chorreaba sangre desde la punta

de la bayoneta hasta el percutor. De pronto sentí como una pedrada en el muslo; quise avanzar y caí de espaldas...

Cuando volví en mí, estaba en la plaza, acostado en una camilla. Mi coronel me miraba con los ojos enternecidos, y me abrazó diciendo:—¡Bravo, muchacho, eres un héroe!

¡Un héroe!... Bueno, lo seré; no me he enterado bien de lo que es eso. Si fuera por mí, me volvería á la aldea contigo; pero parece que es preciso vengar mi sangre, porque mi sangre es de la patria y la patria es como la madre: al que la abofetea hay que matarlo.

Ahí tienes lo que me pasó; según el coronel, soy un héroe. En cuanto esté sano volveré allí y pelearé con los moros; ¡pues no faltaba más!... Pero, créeme, Pe-pa, esto de la guerra es muy malo.

JUAN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"DR. J. REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN DIVORCIO

Un divorcio.

Hacia un mes de su matrimonio... ¡Cuánto se quisieron de novios!... ¡Qué deliciosa pareja formaban después de casados!... ¡Cómo se paraba la gente en la calle cuando salían juntos, para señalarlos, ensalzando en él los prestigios de un nombre conocido en el mundo del arte, y en ella la hermosura, la inocente coquetería de los ademanes, el azul resplandor de sus ojos, velados por largas pestañas; el suave cimbreo de su cuerpo y la deliciosa armonía de su conjunto, donde se confundía, en crepúsculo encantador, la virgen que ha dejado de serlo y la esposa que lo empieza á ser!

Él inspiraba simpatía con su aspecto de luchador, su perfil atrevido, sus ojos tenaces dirigidos hacia adelante como una sonda que penetrase para medirlos y vencerlos, los abismos del porvenir; su frente, bruñida por el continuo ir y venir de los pensamientos; su bigote, erizado sobre unos labios voluntariosos; su barba firme y su cuello de atleta. Agil, nervioso, trajeado

con indiferente desaliño, que llegaba al descuido, sin tocar en la dejadez, y le prestaba una elegancia personal que no era deudora de vasallaje á los figurines de sastrería, era un hombre del que ella podía mostrarse orgullosa.

Y ella... A ella daba gozo mirarla, tan peripuesta, tan bonita, tan satisfecha de su casorio; agarrándose muy fuerte al brazo de él, y marchando á su lado, con los párpados medio caídos y la boca entreabierta, como si aún sintiera agitada su sangre por el primer beso de amor, ese beso á cuyo contacto la mujer adelanta los labios y cierra los ojos, porque á la vez tiene codicias de recibirlo y vergüenza de verlo. Esbelta, deliciosa, respirando su felicidad y moviendo á compás sus piecitos, holgadamente prisioneros en unas botas de tafilete, era, vista en la calle, si su alma respondía á la estructura de su carne, la más hechicera imagen donde pudo encarnarse un porvenir.

—¡Qué buena pareja hacen!—exclamaban todos al verlos.—Han nacido el uno para el otro.—Y no era cosa de dudarlo, puesto que ellos lo creían también. Se casaron como dos locos; seducido él por la belleza de ella, por la bondad de su carácter, por la modestia de sus aspiraciones, porque no dudaba de que fueran tales signos exteriores anuncio de un futuro dichoso, donde las almas se compenstrasen al primer choque, como los cuerpos se habían compenetrado

al primer abrazo. Así se caso él; como ella lo hizo sugestionada por el gracejo de las palabras de él, por la fantasía de su imaginación, por el afán de poseer á un hombre de quien todos se deshacían en elogios y calurosas alabanzas. ¡Y se entenderían perfectamente!... ¡Vaya!... ¿No se habían entendido hasta entonces?—¿Me quieres?—Sí.—Tú eres mi dicha.—Tú la mía.—¿Verdad que sientes como yo?—Como tú y contigo.—¿Verdad que eres mía, completamente mía?—Nada más que tuya.—Nunca discreparon en esto desde que empezaron á adorarse hasta que el cura les echó la bendición, buscando la del cielo con sus pupilas de anciano creyente.

Verdad es que después de los quince primeros días, durante los cuales vivieron como viven los pájaros en primavera, embelleciendo el nido con sus trinos, con sus caricias y con sus locuras, que parecen locuras de ángeles, porque abren las alas y se perpetran cerca del cielo, notó ella que un artista es un ser muy raro, distinto de los otros; que no eran todo esplendores en su presente, ni goces en su vida de recién casada; que más abundaba en tarros de pintura el estudio de su marido, que en billetes del Banco los cajones de la mesa del despacho; que el dinero podía faltar de un momento á otro, y que él no trabajaba mucho por adquirirlo, porque no era seguramente trabajar aquello de pasarse las horas muertas tumbado boca arriba sobre

una *chaise-longue*, arrojando humo por las narices y por la boca, sin hablar palabra y con los ojos fijos, inmóviles, sin darse cuenta de los objetos exteriores, como si mirasen hacia adentro y hubieran cegado por fuera... Pero aquello no tenía importancia... Al mes de matrimonio no podía exigirle que entrase en la normalidad de la vida; natural era que sólo pensase en adorarla; natural que se entregara á descansos forzosos; que el trabajo le repugnara... Más adelante sería otra cosa; no iba á faltarle nada... ni lujo, ni distracciones, ni placeres... Un artista de tanto renombre está libre de miserias, de privaciones y de ayunos. ¡Pues no faltaba más!... Estaba segura de no engañarse.

Esto es lo que notaba ella en su marido; y él... palabra de honor, que no había notado nada en ella, sino que era *muy mona* y que sería la impresión viviente de la novela soñada por él en su juventud... Claro que su educación burguesa y rutinaria la obligaba á no comprender ciertas cosas... pero era demasiado pronto; en el fondo del espíritu de su mujer había todo lo que él necesitaba. Hallábase cierto de encontrarlo el día que necesitara pedirlo... Las contrariedades minúsculas que su mujer experimentó cuando él, bien contra su voluntad, no pudo satisfacer alguno de sus inocentes deseos; el desasosiego que manifestara cuando le dijo un día que les era preciso moderar sus gastos; algún que otro bostezo escapado á su boca mien-

tras él se daba á pensar horas y horas en su cuadro futuro, pasaron como nieblas del amanecer en mañana de Julio; una caricia se convertía en rayo de sol para disiparlas. Ella le entendía: ¡claro que sí! Era su otro *yo*; el ángulo complementario de su vida...

Y sin otras preocupaciones que aquellas; felices como nadie, y como nadie seguros de entenderse siempre, estaban un día en el estudio, él sentado en su silla de tijera, con la paleta en una mano, el pincel en la otra y el lienzo delante; ella con el ovillo de hilo sobre la falda, la aguja entre los dedos y la labor sujeta á la rodilla por un alfiler; él pensaba en su próximo triunfo; ella en una cuenta que no se había podido pagar; y mientras él se desabrochaba la blusa de trabajo como si no quisiera verse oprimido por ningún obstáculo en la concepción trabajosa de su obra, ella se arreglaba coquetonamente los encajes del *matinée*, para que su marido la encontrase muy guapa.

Hubo unos momentos de silencio, sólo turbado por el roce del pincel sobre el lienzo y por el entrar y salir de la aguja en los dobleces de la costura... De pronto él se volvió; tenía el espíritu caldeado por la inspiración; su cuadro, apenas abocetado sobre la tela, surgía entero y lleno de grandeza en el interior de su cráneo; sentíase vencedor antes de triunfar; la fiebre de la lucha, extendiéndose por su semblante, le comunicaba una seguridad sublime, y la conciencia de su ge-

no subía á sus labios, ansiosa de caer en oídos que ni se cerraran á impulsos de la envidia, ni se quedarán sordos en un espasmo de indiferencia... ¿Qué mejor depositario de sus esperanzas, que la hermosa criatura que tenía enfrente; aquella en quien había vinculado su porvenir?... A ella se volvió, y cogiendo entre las suyas sus manos, clavando en sus ojos azules, los suyos relampagueantes de fiebre, de ambiciones, de sueños de gloria, le dijo:

—Mira, vida mía. ¿Ves ese lienzo á medio pintar, esas figuras indecisas que sobre él se abocetan, eso que parece una mancha oscura y una tela grosera?... Pues es algo muy grande; una matriz fecunda y potente, donde mi cerebro va á arrojar el germen de una concepción vigorosa; ahí está, yo lo veo, un triunfo, á cuyo lado valdrán poco todos cuantos hasta ahora obtuve. Mi cuadro será algo sublime, porque lo tendrá todo: idea, forma, armonía y color; yo lo miro, lo miro tal y como ha de ser, y al mirarlo gozo... No más victorias regateadas y vulgares; quiero un triunfo definitivo, y ese triunfo está aquí. Con este cuadro venceré á la envidia, afirmaré mi nombre, seré grande... No lo dudes, lo juro. O no valgo nada, ó estoy loco, ó esta obra será la columna más firme de mi reputación y de mi gloria. ¡Oh, qué dicha!... ¡Vencer á todos!... ¡Ser superior á todos!... ¿Comprendes mi gozo; comprendes lo que esto representa para mí... para nos-

otros, porque mis victorias son tuyas? Lo comprendes. ¿Verdad que lo comprendes, bien mío?

—¡No he de comprenderlo!—respondió Julia con el rostro coloreado por la alegría. Si tu cuadro es como lo imaginas, vamos á ser muy felices.

—¡Mucho, amor mío!

—Ya lo creo que sí. Lo menos te dan por él diez mil duros. ¡Cuánto dinero!

El pintor miró á su mujer con asombro.

—¿Nada más que eso—le preguntó con voz nerviosa—se te ocurre, después de oirme? ¿No esperas nada más?

—¡Te parece poco!... ¿Crees que te darán más dinero por él?...

El artista se puso pálido; sintió algo así como si le hubieran hundido un puñal en el alma, y arrojó al suelo con desesperación los pinceles y la paleta.

—¿Qué tienes?—dijo ella.

—Nada. Es el cansancio del trabajo; hoy no trabajo más.

Y dirigiéndose hacia su cuarto, exclamó en voz baja:

—Mientras yo pensaba en la gloria, ella pensaba en el dinero... El artista solo es para ella una letra de cambio... Se acabó. Ya no tengo mujer. Acaba de divorciarnos con una frase.

DE LA ÚLTIMA HORNADA

De la última hornada.

—«No le quepa á usted duda; el secreto de la vida está en divertirse, sólo en divertirse; sin descuidar, por supuesto, lo que á nuestras comodidades y á nuestro porvenir se refiere.»

Así se expresaba un joven de veintidós á veintitrés años, asiduo concurrente á cierto café donde asisto yo todas las tardes, como quien asiste á una cátedra; porque si el café constituye en la mayoría de los casos un centro de holganza y un congreso de maldicientes, puede también resultar, para algunos, un observatorio de hombres como otro cualquiera.

Aquel joven era, y sigue siendo, mi contertulio de mesa; yo me complazco en escucharle porque representa de hecho y de derecho la última hornada de nuestra juventud, y ¡qué demonio! bien se pueden perder dos horas averiguando cómo razonan y cómo discurren los que á la vuelta de algunos años han de influir en los destinos de la patria con el esfuerzo de sus músculos ó con los productos de su inteligencia.

Viste el mozo á quien me refiero con irreprochable elegancia. Entre él y los figurines de sastrería solo existe una diferencia; los segundos no hablan, mi contertulio lo hace por los codos. Si esta diferencia resulta favorable para los figurines ó para mi amigo, cosa es difícil de averiguar; yo al menos reservo cuidadosamente mi opinión. Su indumentaria, repito, es de última moda y ajusta á maravilla en su cuerpo débil, sobre cuyos hombros descansa una cabeza de ojos perezosos, y de cutis pálido, no con esa palidez mate y saludable que acusa la energía de un temperamento nervioso; sino con esa otra palidez blancuzca y enfermiza que sirve de manifiesto el desplome de un organismo deshecho, por abusos propios y por males hereditarios. Yo contemplo siempre á este individuo con íntima tristeza, porque me parece que él y cuantos iguales á él circulan por calles, salones y teatros, son los últimos esputos de una raza que sucumbe con el raquitismo en la sangre y el desequilibrio en el cerebro.

—¿Conque divertirse, eh? ¿Nada más que divertirse? exclamé, repitiendo las últimas palabras de mi interlocutor.

—Así como suena —repuso él. De sobra he hecho perdiendo seis años en estudiar á tropezones una carrera que me de posición oficial en el mundo; ahora que tengo el título pienso gozar todo lo que pueda y

hasta donde mis recursos me lo permitan; por algo hay en la corte mujeres hermosas y maridos simples, y padres imbéciles, y centros de placer; por algo soy yo joven. ¡Qué diablo! Los hombres como yo no han nacido para el trabajo. Que trabajen las bestias y los jornaleros; que discurren los filósofos; que inventen los sabios. Yo no me ocupo en tales disparates.

—¿De modo que piensa usted dedicar su vida entera á divertirse? ¿Que no tiene usted otros propósitos? ¿Que de joven, como lo es usted hoy, y de hombre maduro, como lo será usted mañana, y de viejo, porque á viejo llegará usted si no se muere, está decidido á hacer lo mismo, sin preocuparse de otra cosa?

—¡Quiá, no señor! Soy hombre práctico. No me lanzaré á esos desenfrenos públicos, y casi siempre inofensivos, que perjudican el bienestar y el porvenir de algunos infelices. Si yo tuviera una fortuna inmensa, acaso lo haría; pero no la tengo. Cuando lo juzgue necesario y útil á las contingencias futuras de mi vida, me casaré.

—¿Para constituir un hogar dichoso? ¿Para enaltecerse por el trabajo? ¿Para mirarse en los ojos de una mujer bella y virtuosa? ¿Para tener una compañera en sus alegrías y un consuelo en sus infortunios? ¿Para...?

—¿Quiere usted callar! hombre, ¡quiere usted callar! ¿Quién se casa en el mundo para eso?... Lo que menos me importa á mí es que mi mujer sea guapa, y

buena y humilde; lo que necesito yo ante todo y sobre todo, es una mujer rica; tampoco me opongo á que sea tonta; miel sobre hojuelas. Con esposa de tales condiciones podía seguir divirtiéndome sin temor á miserias ni á contrariedades. En sabiendo cubrir las formas—de esto yo me encargo—se consigue la felicidad. Si mi mujer es fea, pagaré con mi dinero, ó con el suyo (para el caso es igual), una querida hermosa que satisfaga mis apetitos. Tendré buena casa, buena mesa, caballos en la cuadra, un coche á mi disposición, amigos que me agasajen y me adulen; trabajaré poco, ó mejor dicho, no trabajaré nada; solo que á fin de no merecer entre mi familia renombre de holgazán, procuraré habilitarme un despacho pertrechado con todos los requisitos de fórmula, desde una mesa muy grande, un tintero casi tan grande como la mesa, hasta una biblioteca llena de libros de todos los autores, clases é idiomas.

—¿Piensa usted entregarse á la lectura en sus ratos de ocio?

—No, señor. ¡Lecturas!... ¿A qué fin?... Los versos me fastidian, las novelas me aburren, la ciencia me empalaga. ¿Qué me importan á mi los sentimientos traducidos por un poeta en renglones cortos, que siempre me suenan á huecos? ¿De qué valen esas pinturas de costumbres, que hacen los novelistas condenándolo todo y sin arreglar nada? ¿Qué se me da á mi de los

inventos modernos? ¡Inventos!... Con utilizarlos cuando los necesite, tengo bastante... Lo de la biblioteca lo haré por lujo y nada más; se lo juro á usted sinceramente.

—No reclamo el juramento, amigo mío; le creo á usted bajo su palabra de honor.

—Muchas gracias.

—¿Siendo usted tan poco aficionado á la literatura, aborrecerá también el teatro?

—El teatro es distinto; en el teatro hay gente, se lucen trajes, joyas; se habla, se murmura... Como entretenimiento no me parece mal. Palco en la ópera no ha de faltarme, si mis deseos se realizan; y para solaz del espíritu, ahí están los teatrillos de hora, que son una deliciosa institución. Lo que sí le prometo á usted con toda mi alma, es no asistir á los teatros donde se representen dramas y comedias serias. No pienso frecuentarlos más que en días de estreno, y eso para ver si logro reventar la obra y matar al autor á silbidos.

—También lo creo, joven; no necesita usted esforzarse en demostrarlo; pero permítame usted una pregunta. Fuera parte de la querida que á diario le aburre, de la ópera que *toca* cada tres noches y de los teatrillos por entregas; usted, que ni lee, ni estudia, ni se molesta en discurrir, ¿cómo piensa emplear su tiempo?

—¿Cómo?... Dedicándolo á otras cosas, las cuales, sobre no valer menos, entretienen más. Dos horas de

sala de armas no hay quien me las quite; manejo la espada, el florete y la pistola regularmente, y no quiero perder la costumbre: así, cuando tenga una de esas cuestiones de amor propio, que nunca faltan en el gran mundo, mataré á mi contrario; esto proporciona fama y prestigio; desde la sala de armas saldré á dar un paseo á caballo, porque soy buen jinete, no he descuidado mi educación, y los días de aburrimiento me iré á caza; también soy un cazador notable.

—Me felicito de ello; siendo buen jinete, buen cazador y esgrimidor famoso, puede usted prestar grandes servicios á la patria, acudiendo á salvarla el día que se encuentre en peligro.

—¡La patria!... ¿Y qué es la patria? ¿Por ventura existe? La patria se encuentra en cualquier sitio donde uno pueda vivir tranquilo y satisfecho. ¡Defenderla! Que la defiendan los soldados y la gente de poco más ó menos; bueno que esta idea se emplee para conmovier á las masas; para adquirir popularidad; pero sacrificarse por ella es un absurdo; claro que yo no diré tales cosas cuando me nombren diputado; hablaré de la patria todos los días y en todos mis discursos, y haré lo que hacen muchos, la mayor parte de los que la invocan; llevarla en los labios y suprimirla en el corazón.

—¡Magnífico! Eso se llama tener práctica y experiencia, y espíritu sagaz y calculista. Por supuesto que

cuando usted ocupe un escaño en el Congreso de los Diputados, no lo hará ansioso de proteger los derechos del ciudadano, los intereses del país, las libertades públicas, el progreso, etc...; se servirá usted de esas palabras en obsequio propio, y llegará á ministro, porque usted llega á ministro de seguro, para satisfacer su vanidad y el apetito de unos cuantos aduladores.

—Justo. Ha interpretado usted mis sentimientos á maravilla.

—¡Basta, joven, basta!—exclamé estrechando entre mis brazos, con tanta fuerza que casi lo ahogo, á aquel representante de la moderna juventud—basta, no siga usted; tiene usted razón que le sobra. ¡El secreto de la vida está en divertirse! ¿Para qué sirven todos esos nombres huecos de amor, virtud, justicia, patria, civilización y progreso? ¿Qué es la ciencia sino una carga insoportable? ¿Qué es el arte sino una mentira estúpida? Nada, nada; yo felicito á usted cordialmente desde el fondo de mi corazón. Buenos trajes, buenos caballos, buena mesa, buena salud y buenas queridas; lo demás, ¿qué importa? Adelante, amigo, adelante, y si alguien le dice que con tales ideas y con tan pobre juventud las naciones se estancan y los pueblos desaparecen, diga usted que por muy de prisa que vayan las cosas, usted no ha de verlas...